

The Weany Blues

Las diversas manifestaciones de la cultura afroestadounidense han atraído poderosamente la atención de los artistas "cultos" de todas las latitudes. Lejos de constituir la excepción, el jazz ha influido y continua haciéndolo, tanto en músicos "académicos" como en poetas, escritores, pintores y artistas en general, sobre todo en Estados Unidos, como es lógico y por lo menos hasta no hace mucho tiempo, en Gran Bretaña, donde las expresiones estéticas afroamericanas gozan de amplia divulgación.

Desde luego, es en los artistas afroestadounidenses en quienes la influencia de que hablamos cobra ribetes de sustantiva trascendencia. Porque no es invadir el territorio de la arbitrariedad manifestar que, entre los poetas de ascendencia africana, muy pocos han logrado sustraerse a la tentación de probar fortuna en la ruleta del folklore y de sus derivados, tanto los que escriben en el jugoso dialecto del Sur, cuanto los que se expresan en inglés académico.

En las fronteras de la poesía, los blues han ejercido particular gravitación desde el año 1926, en que Langston Hughes, el inmenso poeta de **The Weary Blues**, les otorgó carta de ciudadanía artística al consagrar buena parte de su primer libro, justamente el arriba mencionado, a estas canciones, cuyos ritmos y cuyas inflexiones, así como su espíritu y sus intenciones, capta con todos los armónicos y todos los semitonos de su expresión, ora angustiada, ora irónica, pero siempre significativa.

Por cierto que no era casual este interés del poeta, dramaturgo, novelista y ensayista afroestadounidense en los blues. Pues Langston Hughes era un profundo admirador de todas las manifestaciones estéticas derivadas del robusto tronco folklórico de los negros que viven al socaire de la bandera de las franjas y estrellas. Es así como exhibió un hondo interés en el jazz, al que consagró grabaciones fonoelectricas, blues escritos para distintos cantantes y un libro sobre la historia de la música sincopada, en el que nos honra al citar nuestra faena en este campo. Por otra parte, poseía la colección completa de los discos registrados por Louis Armstrong, de quien era un admirador incondicional.

Desde aquel ensayo inicial, que mostró en plenitud el estro generoso del recio y original bardo, la obra de Langston Hughes quedó ligada en forma

definitiva al pulso del jazz y al estremecido dramatismo, así como a la filosa ironía del blues. En efecto, además de **The Weary Blues**, poco más tarde lanzó **Fine Clothes to the Jew** y otras producciones en las que vibra la misma cuerda. Más reciente fue **Shakespeare in Harlem (A book of Light Verse, Afroamerican in the Blues Mood)**, con magníficas ilustraciones de E. McKnight Kauffer, y entre cuyos capítulos figuran los titulados **Blues for Men, An UnSonnet Sequence in Blues** y **Blues for Ladies**.

Pero el autor de **Let America Be America Again**, quien, sin la menor duda, fue una silueta consular en el hemisferio de los blues escritor por bardos "cultos" (como poeta de tendencia folklorista, aparte de su poesía de protesta y descontento social, cala con hondura en las "maneras" del pueblo, en el habla dialectal, en los dinámicos ritmos del jazz y en las aceradas intenciones del folk blues), también llevó estas canciones al short story, en **The Blues I'm Playing**; a la novela, en **Not Without Laughter** que hemos tenido el placer de traducir y prologar para una editorial argentina, con el título de **Pero con risas**; al libreto de ópera, en **The Man Who Went to War**, y al drama, en **Don't You Want To Be Free?**

Así fue como Langston Hughes se había convertido en fiel vocero de su pueblo, con el que se hallaba absolutamente identificado y vivía en estrecho y permanente contacto a través de sus giras de conferencias y de sus "recitales" de poesía.

Néstor Ortiz Oderigo
Buenos Aires, noviembre 1985

RÀDIO - G

102,30 MHz - "JAZZ CLUB"

CADA DIMECRES
DE 9 a 10 DEL VESPRE